

Con espesas celosías,  
Que á las miradas curiosas  
De imprudentes libertinos  
El osado paso estorban.

Hácia una de estas ventanas  
Maquinalmente se tornan  
De Lara los negros ojos,  
Que fuego mágico brotan,  
Y al través de los estorbos  
Juzga ver alguna cosa,  
Como un bulto negro y blanco,  
Que su atencion fija y roba.  
—No se engañó. En el momento  
Ve que unos dedos asoman  
Por entre las celosías,  
Y oye una tos sospechosa,  
Y una voz sumisa luégo  
Que claro le llama y nombra;  
Y él corresponde con señas,  
Pues el gozo le rebosa,  
Pensando que una aventura  
Rara se le proporciona;  
Y de cierta ilustre jóven,  
A quien ha burlado en Roma,  
Recuerda haber entendido  
Tener una hermana monja,  
Que en un convento de Parma  
Amargas lágrimas llora:  
Pues allí la sepultaron,  
No vocacion fervorosa,  
Sino viles procederes  
De un galan que la abandona.  
Luégo oye que le preguntan:  
«Decid, ¿la calle está sola?»  
La registra con los ojos,  
Y contesta: «Sí, señora.»  
Y al punto una celosía  
Se entreabre, y una persona  
Que ver no pudo, tiróle  
Un papel que el aire corta.  
Cerrándose aquel resquicio  
Con rapidez, sin que sombra

Ni nada á notarse vuelva  
Detrás de la claraboya.

Coge el papel, que traia  
Dentro una medalla tosca  
Sólo como lastre ó peso,  
Que era avisada la monja,  
Y con un lápiz escritos  
En limpia y gallarda forma,  
Lara estos renglones halla,  
Que con los ojos devora:  
«Estaría tan ufana  
»Con vuestro ligero amor,  
»Como sumida en dolor  
»Con vuestro olvido, mi hermana.  
»Pues no es abultada, no,  
»De vuestro porte galan  
»La fama, señor don Juan,  
»Que hasta mi celda llegó.  
»Quiero que me conozcais,  
»Y verme no os pesará;  
»Sólo en vuestra mano está,  
»Si de servirme os dignais.  
»Esta tarde al coronel  
»Da, de vuestro regimiento,  
»Un agasajo el convento,  
»Venid, si os place, con él.  
»Y en viendo una monja allí  
»Con una rosa en la mano,  
»Yo soy, yo, que... Pero en vano  
»Es deciros más aquí.  
»Por fuerza encerrada estoy,  
»No tengo ni un protector,  
»Y sólo en vuestro valor  
»Humilde á buscarlo voy.  
»Otro papel tendreis luégo  
»Dentro de un escapulario  
»Que os pondrá el mismo Vicario,  
»¡Tened disimulo, os ruego!  
»Y sabed... Mas basta ya.  
»Sois hidalgo, sois discreto,  
»Sois español... el secreto  
»Impenetrable será.»

### ROMANCE TERCERO

#### EL REFRESCO

En un bajo locutorio  
Que adornan hermosos cuadros,  
Y muebles de terciopelo  
En forma de regio estrado,

Está el Coronel de Guardias  
Con su cruz de Santiago,  
Y con su azul uniforme  
De galones y entorchados.

El capellan le acompaña  
De su regimiento, cuatro  
Capitanes ya machuchos,  
Y el ayudante bizarro.  
Del convento la Prelada,  
Parentesco, aunque lejano,  
Con el Coronel tenia,  
Y ha dispuesto agasajarlo.  
Y su adhesión y obediencia  
Al vencedor con tal acto  
Manifestar, porque puede  
Convenirle en todo caso.  
Dos modestos sacerdotes,  
Y del convento el Vicario,  
Los honores de la casa  
Haciendo están muy ufanos.  
Y con melifluos semblantes  
Al Coronel adulando,  
Y segun las graduaciones  
A todos los convidados.

De bronce dorada reja  
Cierra el anchuroso espacio:  
Lindero entre Dios y el mundo,  
Término entre el siglo y claustrero.  
Y detrás está extendido  
Un cortinon de damasco,  
Mientras acuden las monjas,  
De quienes suenan los pasos.  
—Descórrese la cortina,  
Después de muy breve rato,  
Y la comunidad toda  
Descúbrese al otro lado.  
Fórmanla unas veinte monjas,  
Que con los velos echados,  
Y con las túnicas blancas,  
Y con los oscuros mantos,  
Dan á la reja el aspecto  
De algun espejo encantado,  
Donde un coro de fantasmas  
Se ve al conjuro de un mago.

La Prelada alzóse el velo  
Con señoril porte y garbo,  
Descubriendo un noble rostro,  
Pero ya sexagenario.

Al Coronel un cumplido  
Hace oportuno, aunque largo,  
Y manda á las religiosas  
Alzar los velos opacos.

De varios gestos y edades  
Al descubierto quedaron  
Los semblantes compungidos,  
Todos modestos y gratos.

Uno habia como un cielo,  
De tanta beldad y tanto  
Atractivo, grave y noble,  
Que no es fácil ponderarlo.  
Tez de nácar, y dos ojos  
Como poderosos rayos,  
Y los dientes como perlas,  
Y como coral los labios.  
Y una palidez, y un todo  
Tan perfecto y sobrehumano,  
Que sin humillarle el alma  
Era imposible mirarlo.  
Esta linda religiosa,  
Este prodigio, este encanto,  
Una rosa nacarada  
Llevaba en la diestra mano.  
Con lo que Lara los ojos  
Clavó y cebó en ella incauto,  
Conociendo ser aquella  
La que pretende su amparo.  
Quedó como queda el ave  
Bajo el prestigio tirano  
De los ojos de la sierpe,  
De quien va luégo á ser pasto.

La Prelada muy oronda  
Y con gran despejo hablando,  
Refirió á los circunstantes  
Las misas y los rosarios  
Que por los Reyes Borbones  
El monasterio ha aplicado;  
Y las predicciones cuenta  
De varias santas y santos,  
Que aseguran el dominio  
De Italia en Felipe y Cárlos:  
Por ser de la madre Iglesia  
Hijos predilectos ambos.  
Y luégo las monjas todas,  
Ora en tiple, ora en contralto,  
Mil sandeces refirieron,  
Mil tontunas preguntaron,  
Que con rubor escuchaban  
Los clérigos y el Vicario,  
Retozándose la risa  
A los otros en los labios.

La que no habló una palabra  
Indiferencia afectando,  
Fué la hermosa, que el extremo  
Ocupaba de un escaño.  
Si era pasmoso su rostro,  
Su talle era tan gallardo,  
Que ni las ropas monjiles  
Lograban desfigurarle,

Bien que aun en ellas había  
Ya negligencia, ya ornato,  
Una y otro disonantes  
Con la austeridad del claustro.  
Y tambien su alta belleza  
Demostraba á veces algo  
Como descompuesto, inquieto,  
Incomprensible y extraño.

Ya retorciendo de pronto  
Como convulsos los brazos,  
Ya revolviendo sus ojos  
Como bizcos y encontrados,  
Ya frunciendo el entrecejo,  
Ya mordiéndose los labios;  
Pero todo pasajero,  
Rapidísimo, instantáneo.

Haciendo el desagradable  
Efecto, que en un buen cuadro,  
La cabeza de una santa  
De Murillo ó de Ticiano,  
Que al resplandor de una vela  
Se está de noche mirando;  
Si á un soplo de viento oscila  
La luz, y todos los rasgos,

Sombras, perfiles y toques,  
Se pierden, haciendo acaso  
Instantáneamente un monstruo  
Del más prodigioso encanto.

Un exquisito refresco  
De almíbares delicados,  
De sorbetes y bizcochos  
Sirvióse con aparato,  
En su vajilla de plata,  
Y en sutilísimos vasos  
De fábrica de Venecia  
Con cifras de oro y con ramos.

Del locutorio ambas partes  
Fáciles comunicaron  
Dos tornos, que revolvían  
Veloces á todos lados.

Dentro servían las legas,  
Demandaderos y hermanos  
Afuera, obedientes todos  
A la Prelada y Vicario.

Mediada estaba la tarde,  
Bajaba el sol al ocaso,  
Y ser la hora de la lista  
Los tambores avisaron.

El Coronel levantóse  
Como militar exacto,

Obedeciendo al momento  
De las cajas el mandato.

Y con palabras corteses  
Demostrándose obligado  
Al convento y á las monjas  
Por su afecto y agasajo,  
Se despide; y les ofrece  
La proteccion del muy alto  
Infante, que de las tropas  
Coligadas tiene el mando.

La Prelada entónces dice  
Muy obsequiosa: «Anhelamos  
Yo y mis hijas, que un recuerdo,  
Militares tan cristianos

»Lleven, oh señor, consigo,  
Y que pueda ser acaso,  
Como impenetrable escudo,  
Bueno en batallas y asaltos.»

Y volviéndose á la linda  
Con noble desembarazo,  
«Traed (prosigue) á estos señores  
Del monasterio el regalo.»

Despareció, y al momento  
Tornó la hermosa, en las manos  
Trayendo un rico azafate  
Con cartas y escapularios.

Pasó el azafate el torno,  
Y el reverendo Vicario,  
Siguiendo como discreto  
La graduacion y los años,  
Fué de cada concurrente

En el cuello colocando  
Aquella señal bendita,  
Y poniéndole en la mano  
De hermandad sellada carta,  
Por la cual de los sufragios  
E indulgencias del convento  
Gozarian como hermanos.

Pero ¡oh Dios! hay una carta  
Que no tiene escapulario,  
Y sin él, como el más jóven  
Y el ménos condecorado,

Queda don Juan, lo que pone  
En gran apuro al Vicario.  
Y lo nota la Prelada,

Que dice en tono muy agrio:  
«Dios os valga, hermana mia,  
Y qué mal habeis contado...  
Os pierde tanta viveza...  
Id por otro escapulario.»

Corre la hermosa, figura  
Que donde están va á buscarlo,  
Y torna al punto con uno  
Que tenia preparado.

Lo presenta á la Prelada,  
Esta se lo da al Vicario,  
Que en el cuello del mancebo  
No retarda el colocarlo.

Y el Coronel se retira  
A la Prelada encargando  
Que el regimiento encomiende  
A Dios y á todos los santos.

## ROMANCE CUARTO

## UN COMPROMISO

«Si á una principal mujer  
»Oprimida, desdichada,  
»Contra su gusto encerrada,  
»Quereis, señor, proteger,  
»Esta noche, pues no hay luna,  
»A la pared de la huerta,  
»Que da á una calle desierta,  
»Venid, solo, al dar la una.  
»Y á la parte en que un ciprés  
»Descuella, hallareis subida,  
»Que por allí carcomida  
»La tapia está, y baja es.  
»Y por dentro una escalera  
»Ya colocada estará,  
»Que fácil paso os dará  
»A do mi afán os espera.  
»Mi humilde historia sabreis,  
»Y entónces, cual caballero...  
»Nada exijo, nada quiero,  
»Sino que me oigais y obreis.  
»Me parece inoportuno  
»A un español militar,  
»A un hidalgo, asegurar  
»Que no corre riesgo alguno.  
»Y encargarle por su honor  
»Que eterno el secreto guarde.  
»No puedo más, que es muy tarde,  
»Hasta la noche, señor.»

Esto la carta decia  
Que don Juan con ansia grande  
Sacó del escapulario  
Donde nunca debió hallarse.

Y que leyó varias veces  
Como si acaso dudase  
De que ser cierto pudiera  
Un empeño tan notable.

Encerrado en su aposento  
Está como delirante,  
Midiéndolo á largos pasos  
Y lo que ha de hacer no sabe;

Que es el violar la clausura  
Sacrilégio formidable  
Piensa, y se detiene un punto,  
Mas luégo pasa adelante.  
Y la beldad de la monja,  
Y su discrecion y talle,  
Y la opresion en que gime,  
Y su arrojo de citarle

Recuerda, y ya se resuelve;  
Cuando le ocurre lo grave,  
Lo criminal, lo espantoso  
Del paso á que va á arrojarse,  
Que no hay momento seguro  
De existencia en los mortales,  
Y que la Justicia eterna  
Todo lo castiga y sabe.

Va á desistir. Mas le asusta  
Que la nota de cobarde,  
Si no acomete la empresa,  
Con la dama ha de quedarle.  
Y en su edad, salud y brio  
Juzga estar léjos el trance,  
En que basta arrepentirse  
Al hombre para salvarse.

A su siniestra un demonio  
Tiene, y á su diestra un ángel,  
Que él no ve, pero que escucha  
Aunque le hablan sin hablarle.

¡Ay de Lara! El pecho cierra  
Al bálsamo saludable,  
Y al mortífero veneno  
¡Triste humanidad! lo abre.

«Iré, vive Dios, lo juro,»  
Alto exclama; que aunque nadie  
Con él esté, bien conoce  
Que le contradice álguien.

La ciudad un gran sarao  
A los jefes y oficiales  
Daba aquella noche misma  
Con música, cena y baile.

Y Lara asiste un momento,  
De su ligero carácter  
Dando, como siempre, pruebas,  
Esmerado en porte y traje.  
Pero hubieran advertido  
Unos ojos penetrantes,  
Que en su locuaz alegría  
Y movimientos marciales,  
De afectado y violento  
Daba muestras su semblante,  
Porque voces interiores  
No cesaban de asustarle.

Era media noche en punto  
Cuando dejó Lara el baile,  
Y dos veces volver quiso  
Al verse solo en la calle.

Mas resuelto, va á su casa  
Do toma su capa, y sale  
Seguido de su asistente,  
A quien mandó acompañarle.

Por la ciudad, que dormía,  
Sin que otro rumor sonase  
Que el eco de los violines  
O de algun buho los ayes,  
Vaga el jóven como loco,  
Porque el demonio y el ángel  
Dentro de su mismo pecho  
Aun empeñados combaten.

Del Eterno los juicios  
Santos son é inescrutables.  
Sonó en el reloj la una  
Y decidióse el combate.

Lara del convento llega  
A los humildes tapiales,  
Que allí aguarde á su asistente  
Manda, y decidido parte.



El ciprés erguido mira,  
Que taladrando los aires  
Aparece entre las sombras  
Vago, aterrador gigante.

La pared registra, advierte  
Derruidos los sillares  
De la planta, los ladrillos  
Descarnados, desiguales.

Tienta, y ve que ofrecen paso,  
Y que aun ya lo han dado ántes;  
Audaz trepa, y en la barda  
Llega pronto á cabalgarse.

Le pasma el hondo silencio  
Y la oscuridad fragante  
De aquel huerto, que domina  
Sin ver nada. Escucha el suave

Murmullo de agua corriente,  
Y de las hojas que el aire  
Mece con su dulce soplo...  
¡Ay! aun puede retirarse.

Mas no se retira. Encuentra  
Cerca con los dos varaes  
De una escalera de mano.  
En ella logra afirmarse;

Desciende sin saber dónde,  
Y al tocar la tierra, sale  
De detrás de un tronco, un bulto  
Que por el brazo le ase

Con una mano convulsa;  
Y una voz, que apénas sabe  
Si es voz, le dice: *Seguidme,*  
Y anda el bulto sin soltarle.

Por la confusion medrosa  
De tinieblas impalpables  
A tal hora, con tal guía,  
Y sin saber á qué parte

Va Lara, como caminan  
Tras su destino inmutable  
Sin verlo, del ciego mundo  
Por las sombras, los mortales.

## ROMANCE QUINTO

LA MONJA



De una reducida celda  
En el estrecho recinto,  
Que un claro velon alumbraba  
Encima de un pajecillo,  
Se encuentra confuso Lara,  
Cual por encanto metido  
Con la misteriosa guía  
Que le ha llevado á aquel sitio.

Mira en derredor, y encuentra  
A un lado un lecho muy limpio,  
Al otro un reclinatorio  
Y sobre él un crucifijo;

Dos muy capaces armarios  
De nogal negro, un antiguo  
Escritorio, y taburetes  
Por la pared repartidos.

Y en medio un bufete halla  
Cubierto de mantel fino,  
Con tortas, bizcochos, dulces,  
Conservas y pastelillos,

Dos copas y dos redomas,  
Que una de agua, otra de vino,  
Parecen, y dos cubiertos  
Todo muy pulcro y prolijo.

La vista en seguida clava  
En quien allí le ha traído,  
Que ya al descubierto ostenta  
De su porte el atractivo.

Y si pensó aquella tarde  
Que era un sol el rostro lindo  
De la monja, ahora lo juzga  
Un encantador prodigio.

Depuestos el velo y manto  
Descubre todo el hechizo  
De su esbelto y noble talle,  
De su donaire y su brio.

Y como no la contienen  
Los importunos testigos,  
Que acaso en el locutorio  
De sus gracias fueron grillo,  
Ostenta todo el tesoro  
Que el cielo donarle quiso  
De belleza y gallardía,  
Y el de sus modales finos.  
Con sonrisa seductora  
Y con ojos expresivos  
Se acerca á don Juan, que mudo  
Se ve cual jamás se ha visto.

Le ase amorosa una mano,  
Y «Descansad, señor mio,  
Tomad algun refrigerio,  
Y estad seguro y tranquilo,»  
Le dice. Blanda le acerca  
A aquel bufete provisto,  
Y le ruega que se siente  
Con gran ternura y cariño.

Lara torna en sí, se esfuerza,  
Recobra el genio nativo,  
Y lo pasado y futuro  
Dando ligero al olvido,

De su temor se avergüenza,  
Sonrójase de sí mismo,  
Y de sólo lo presente  
Entrégase á los delirios.

Y «No extrañeis, ó señora,  
O sol, ó encanto divino,  
(Dice) se muestre cobarde  
Con su señora el cautivo.

»Ni que dude de tal dicha  
Quien de ella se juzga indigno,  
Y piensa que es el juguete  
De un ensueño fugitivo.

»Un volcan arde en mi pecho,  
Su fuego sólo respiro,  
Y jamás sentí en el alma  
Más delicioso martirio.

»Vos sola, vos...» Levantóse  
Tan resuelto de improviso,  
Que atrás la monja dos pasos  
Dió con ademan esquivo;

Y lanzando una mirada  
De indignacion y desvío,  
En tono grave y resuelto  
«Teneos, ¿qué haceis?» le dijo.